

TRABAJO
FINALISTA
— DE LA —
1ª EDICIÓN
DEL PREMIO

PREMIO

NB

NÉSTOR BERECIARTU

Con la vocación al desnudo

Whith the vocation
to the nude



EMMA ASENSI ALGOVIA

Enfermera del Hospital
General Universitario de Elda.
Responsable de Formación del
Departamento de Salud de Elda,
Alicante.



MANUSCRITO



Fecha recepción:
27/02/2021



Fecha aceptación:
08/04/2021

Resumen

Poco después de poner mi pie en el Hogar de ancianos de Santa Teresa de Jornet, en Novelda, tuve la necesidad de contar cómo aquella experiencia había cambiado, en cierta forma, mi vida. Fue tan evidente que compañeros y amigos volvieron a ver en mí la llama de una pasión por un trabajo que amo profundamente, la enfermería. Dos formas de cuidar alejadas en el tiempo, pero unidas en el contenido.

PALABRAS CLAVE: vocación religiosa, enfermería, covid-19, centro socio sanitario, religiosa, profesión, cuidados, metodología.

Summary

Shortly after setting foot in the Santa Teresa de Jornet Nursing Home in Novelda, I had the real need to tell how that experience had changed my life in a certain way. It was so evident that colleagues and friends saw in me the flame of a passion for a job that I love deeply, nursing. Two very distinct ways of caring, but joined in content.

KEYWORDS: religious calling, nursing, covid-19, nursing home, followers, profession, care, methodology.

Era demasiado pequeña pero aún recuerdo aquella muñeca que un día me trajeron sus Majestades, los Reyes Magos de Oriente, de melena rubia y ojos quietos que se enfundaba en un vestido, a media pierna, blanco e impoluto y al que cruzaba, a la altura del pecho, una capa de color azul con una cruz roja. Desde pequeña siempre jugueteé con la idea de ser enfermera, como mi muñeca, incluso con vestir como ella. Soñé con recorrer los caminos hasta llegar a las casas de mis pacientes para poder cuidarles, soñé con un pueblo pequeño de montaña y con vivir en una casa de una planta única donde pudiera escuchar el salpicar de la lluvia. Soñaba con estar cerca de sus gentes y dejar que mis vecinos formaran parte de mi vida tranquila y sencilla, fantástica idea de ser la enfermera de un pueblo del norte. Sueños, que, con el paso de los años, desaparecieron como una quimera para dar paso, de forma consciente, a mi vida actual.

Mi nombre es el de una mujer de cuarenta y tantos, madre, con algún que otro traspiés sentimental, de profunda convicción feminista, poco devota de las religiones, actualmente casada con una mujer de cuarenta y menos, amante de mi trabajo y agradecida a la vida.

El destino, quizás, o el esfuerzo personal tal vez, me llevaron hasta un pequeño hospital comarcal, cerca del Mediterráneo, al que he visto crecer durante más de quince años. He vivido la transformación desde un pequeño hospital a uno de mayor envergadura, de un hospital con nombre de virgen a convertirse en un hospital general con título universitario. He vivido en él, grandes direcciones y direcciones que se creyeron grandes. Momentos de gloria y tiempos oscuros de recortes y sin sabores y todo ello desde mi profesión como enfermera. Sí, porque aún no lo he dicho, pero soy enfermera. Es lo único que quedó de mi sueño.



Demasiadas veces, como tantas enfermeras y enfermeros, me he preguntado el porqué de esta profesión. Demasiadas veces he probado tragos amargos, despedidas, lágrimas, frustración, incompreensión, pero en muchas otras mi trabajo me ha regalado ternura, caricias, sonrisas y he podido guardar dentro de mí el agradecimiento de las personas a las que he cuidado o acompañado, lo más preciado de mi trabajo. Recuerdos entrañables que han forjado mi personalidad a lo largo de los años. Como enfermera, he podido trabajar en diferentes servicios y me he sentido afortunada por lo que en cada uno de ellos he podido aprender. En los últimos años, he desarrollado mi trabajo dentro del área de gestión como supervisora de uno de los servicios más complicados de cualquier hospital, el servicio de Medicina Interna, quizás, el cajón desastre de la medicina actual.

Pero llegó 2020, y desde China, una alerta mundial que ha hecho tambalear todo lo conocido por nuestra generación. Si la crisis de 2008 nos hizo sentirnos vulnerables, no teníamos ni idea de lo que supondría una Pandemia Mundial. Cuando en enero recibimos la primera instrucción de nuestro hospital frente al Coronavirus, ni las direcciones ni los soldaditos de a pie, teníamos idea de lo que estaba por venir. Quizás

fue mi propia forma de ser, quizás por la necesidad de hacer, quizás fue la vocación de servicio público la que me hizo ponerme a la cabeza de mi unidad y de un batallón de enfermeras y enfermeros para hacer frente en nuestro hospital a un virus devastador, cruel y letal que no ha tenido en cuenta nada, tan solo arrasarse con todo y hacernos temblar sin más. Pero hablar de eso no es lo que quiero cuando hay tantas cosas por contar.

No quiero ni puedo obviar tampoco, en este momento de la historia, una cuestión metodológica, y es recordar “que la enfermería, como tal, es una disciplina que une la práctica, la filosofía y los conocimientos científicos y técnicos para delimitar y explicar el cuidado”¹. La evolución de la enfermería nos obliga a recordar las diferentes etapas del cuidado que se han desarrollado hasta el momento actual, evolucionando desde los cuidados domésticos, encargados a la mujer, a los cuidados profesionales que desarrollamos en torno a nuestra disciplina. En esta vía entre el cuidado doméstico y el profesional y metodológico, existe un alto en el camino que sigue estando presente en una gran parte de nuestros profesionales, sino en todos: la vocación.

En un tiempo de profundos cambios sociales e incluso paradigmáticos, el cuidado, más que nunca, se ha profesionalizado e institucionalizado, pero cuando buscamos en lo más profundo lo que nos une como enfermeras quizás podamos encontrar una respuesta, la vocación. La vocación es para Ortega y Gasset “el ingrediente más extraño y misterioso del hombre”². Aquí empieza la verdadera historia de lo que hoy quiero contar, compartir y sobre todo de lo que intento poner en valor.

Era la tarde del 25 de diciembre cuando sonó inesperadamente ese maldito cacharro tecnológico que tantas cosas buenas nos ofrece a la vez que tanto nos esclaviza. Dejé sonar hasta su último aliento aquel ruido ensordecedor en el silencio de mi casa, mientras disfrutaba del sol de esa tarde cualquiera de invierno. Pero aquel cacharro volvió a sonar insistentemente y ya no pude hacer otra cosa más que contestar. La voz que me hablaba sonaba preocupada, angustiada y con timidez me pidió que fuera hasta la residencia. El virus había entrado y había que parar aquello, fueron sus palabras. En mí, una mezcla de rabia y frustración, era mi día libre, y esa llamada me devolvía a la realidad diciéndome que había vuelto a ocurrir. Me resistía a decir que sí. Además, se trataba de una residencia de carácter religioso y no tenía autorización de mi hospital para actuar un 25 de diciembre. Pero finalmente, cogí el móvil para poner en conocimiento de mi dirección aquella llamada recibida y poder pedir la autorización.

En el mes de noviembre y gracias al trabajo que desarrollé como supervisora en el servicio de medicina interna, me encomendaron la coordinación Covid para las residencias sociosanitarias que se encontraban frente a un brote. Junto a mí, una compañera auxiliar de enfermería y un médico referente, formando un verdadero equipo multidisciplinar. Así nos desplazábamos a las residencias para formar, informar y colaborar en los brotes que iban ocurriendo a lo largo y ancho de nuestra zona de salud: residencias privadas, concertadas, residencias para gran discapacidad, centros de día y así un largo recorrido.

Pero aquel 25 de diciembre fue diferente, me recibían unas grandes puertas de madera que daban acceso al Hogar de Ancianos de Santa Teresa de Jornet, en Novelda. Con su perfecta alfombra antibacterias y su gel dispensador podía hacerme a la idea de cómo aquel receptorio había cambiado en los últimos meses. Tras esperar unos segundos, una puerta de cristal se abrió de manera automática. Nada es igual en estos tiempos modernos, no hay campanita ni turno en la entrada. Detrás de un mostrador de perfecto mármol pulido, una religiosa miraba por encima de sus gafas y por la expresión de su cara tapada por una correcta mascarilla KN95 pude sentir su miedo y desconfianza. Tarde algunos días en ganarme la confianza de la hermana portera.



Junto a mi inseparable compañera recorrimos un largo pasillo de silencio, entreluces, cuadros e imaginaria religiosa. Un olor a hogar limpio acompañaba nuestros pasos hasta el despacho médico. Allí nos esperaba, enfundado en su bata blanca, el médico del equipo, que también era el de la residencia desde hacía 20 años. Junto a él, como quien es el guardián del tesoro máspreciado, estaba ella. Una mujer pequeña, enjuta de cuerpo y palabras, de hábito negro y, también, mascarilla perfecta. Temí, desde ese preciso momento, no poder entenderme con ella por las demasiadas cosas que nos separaban. Asustada por la intromisión de personas ajenas a su hogar, a sus ancianos, a sus trabajadoras, aquella monja era lo mismo que yo resultaba a mis trabajadores, la jefa.

Tras ponernos al día de lo ocurrido en la residencia, nos dirigimos junto a ella hacia la zona del brote, la semanería de mujeres. Ni siquiera nos acompañaba el lenguaje ni la forma de relacionarnos. Ella en silencio, con su trato formal y distante. Yo alborotadora y espontánea. Debíamos conocer todas las particularidades de la casa para no invadir su espacio, no queríamos ser vistas como un enemigo que pretende cambiar su forma de hacer y entender el cuidado de los ancianos. Debíamos trabajar juntas para poder obtener los mejores resultados frente al virus, evitar el mayor número de contagios y sobre todo, ofrecer seguridad y confort en los momentos que estaban por llegar. Llegamos a través de una escalera principal a la segunda planta y nos dimos cuenta que los residentes del hogar conviven en una separación por género, sorprendentemente, mujeres a la derecha hombres a la izquierda en una perfecta armonía.

En aquella semanería podría describir infinitas secuencias que habían permitido al virus campar libremente, pero lo esencial de mi relato no es el virus, sino como y porqué conseguimos pararlo. Aquella mujer y sus hermanas religiosas, la congregación, así como todos y cada uno de los trabajadores y trabajadoras del hogar se unieron a nosotras con un mismo objetivo: el cuidado de la salud de los que allí estaban. Me permití, sin mediar palabra y acompañada por la religiosa, abrir una a una las puertas de aquel lugar para poco a poco, como quien respira aire puro de montaña, ir llenando no solo mis pulmones sino también mi corazón de algo que creía haber perdido. Sus caras, sus arrugas, sus sonrisas, sus miradas sin miedo porque a mi lado estaba ella calmando y dando seguridad a cada una de las ancianas. Todas bien vestidas, con una ropa perfectamente cuidada y limpia, con un olor a estar en casa, con sus fotos y sus recuerdos perfectamente organizados en unas habitaciones increíblemente amplias, luminosas y limpias. Los adornos navideños colgaban aun de las puertas mientras a

mi lado percibía el respirar de la hermana como quien espera nerviosa a entrar en un importante examen.

Poco a poco mi gesto y mi cuerpo se relajaron, recordé que ellos eran parte de la motivación de mi profesión enfermera. Ahí supe que podíamos encontrarnos en un punto común, el cuidado, entendido éste desde el amor y la dedicación como misión de su fe y el mismo cuidado realizado con amor y dedicación a través de una disciplina metodológica. En frente de estas sensaciones y emociones, quizás en ocasiones tan olvidadas en un trabajo urgente que no deja tiempo para lo importante, comenzamos una dura labor que nos ocupó algo más de tres semanas y donde codo a codo, día a día, elaborando los mejores recorridos para evitar más contagios, a través de nuestro cuerpo de conocimientos y nuestra práctica diaria, basada en protocolos seguros y validados, conseguimos ganarnos la confianza de la Congregación, de los ancianos y de los trabajadores del hogar ante esta situación. Dimos seguridad a los trabajadores de la casa, a través del personal de enfermería desplazado desde el hospital para tal misión. De la misma manera que a mí, las hermanas también les conquistaron por esa manera de ser y actuar con los ancianos día a día, palabra a palabra, sonrisa a sonrisa. Así conseguimos que pasaran los días.

Pasado este tiempo y manteniéndome fiel a mi filosofía de vida, después de actuar, reflexioné sobre las circunstancias. Y en esa continua reflexión acerca de lo que estamos viviendo me puse al lado de la Madre Superiora, como jefa de su Congregación, y desde el más profundo de los respetos me acerqué a las cosas que nos unieron en lugar de juzgar las que nos separaron en nuestro primer encuentro. Aun viviendo en mundos completamente diferentes, aun teniendo creencias e ideas completamente opuestas, juntas conseguimos el objetivo propuesto: cuidar de los ancianos más vulnerables.

Esa y no otra es la misión de las religiosas de la Comunidad de Santa Teresa de Jornet desde una vocación religiosa, recibida a través de una llamada espiritual mediante la fe cristiana, basada en la total dedicación a Dios como amor supremo y bajo los consejos evangélicos de pobreza, castidad y la obediencia y todo ello con un fin específico y único: el cuidado de los ancianos más desfavorecidos desde 1873.

El cuidado; ese y no otro, es la misión enfermera. Cuidar si se puede y acompañar si ya no se puede. Nuestra vocación no viene recibida desde la fe, no viene desde una llamada sobrenatural. Llega desde una elección como hombres y mujeres libres en busca de nues-



Hemos conseguido formar un equipo maravilloso, con respeto y libertad y del que no puedo más que sentir profunda admiración y devoción

Enfermera y religiosa unidas frente al covid.

tro verdadero ser. Pero las dos libres, ella y yo. Una libertad, la suya, vinculada a una vocación que se apoya en la fe. Una libertad, la mía, vinculada a una disciplina, y las dos en busca de nuestra propia felicidad. Las dos, ella religiosa y yo atea, hemos elegido voluntariamente un proyecto vital de entrega a los demás a través del cuidado. Ella desde la fe cristiana, yo desde la disciplina enfermera. Ella desde el conocimiento teológico, yo desde el conocimiento científico y metodológico. Y así hemos conseguido formar un equipo maravilloso, con respeto y libertad y del que no puedo más que sentir profunda admiración y devoción. ▀

*Al Hogar de ancianos de Santa Teresa de Jornet, Novelda.
A Elisa y Carlos
A mi equipo*

Bibliografía

1. Calero Martín e Villdres P. Historia de la enfermería. Evolución histórica del Cuidado Enfermero, de C. García Martín Caro y M.L. Martínez Martín. *Temperamentum* 2005; 1. Disponible en </temperamentum/irevista/b0102php>
2. Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo*. Pag 177. Alianza Editorial, Madrid, 1987.